

CAPITULO XII

Embriaguez de alcohol, de saqueos y de estupros

Obligados por la fuerza, los principales comerciantes abrieron las puertas de sus tiendas, y nuestros hombres extrajeron de ellas ropa, sombreros, zapatos, sarapes, etc., cuyas prendas vestían inmediatamente, quedando en pocos momentos perfectamente equipado nuestro pequeño ejército. Todos los hombres, a cual más, lucía en el hombro magnífico sarape de chillantes colores; pero a la par que equipados, estaban perfectamente borrachos, pues no fué corta la cantidad de botellas de toda clase de licores que se abrieron por aquella avalancha humana, sedienta de todo género de apetitos.

Aquel desorden prolongóse por espacio de tres horas, después de las cuales todas las casas de comercio y de los principales vecinos, habían quedado casi totalmente vacías.

Yo, no queriendo tomar parte en aquella espantosa confusión de libertinaje y escándalo, que me llenaba de horror, y no pudiendo, por otra parte, evitar una sola de la infinidad de iniquidades que se cometían, me dediqué a observar, yendo de aquí para allá, en todas direcciones, deteniéndome a veces. Así respondía a un invencible deseo que sentía en mi interior de enterarme de toda aquella tremenda catástrofe que veía desatarse sobre la indefensa Jojutla, sin poderlo evitar.

Una mujer del pueblo que cargaba trabajosamente con



Y cubriéndose el rostro como para ocultar la vergüenza. (pág. 40)

dos panes de azúcar, uno en cada brazo, poco antes de llegar a su casa, vióse obligada por el peso de su robo a dejar en el dintel de una puerta uno de los panes, mientras llevaba el otro; pero cuando volvió había desaparecido.—¡Vaya una gente tan ladrona!—murmuró indignada y se dirigió a otra tienda a ver qué más sacaba.

Al pasar por una casa de rica apariencia, por el interior, asido a la reja de una de las ventanas, un niño como de ocho años a grandes voces imploraba socorro. El aspecto de aquel niño era tan trágico, que no pude menos que acercarme.

—¿Qué te pasa, niño?—le pregunté.

—Entre usted, señor, éntre usted, que aquí están los revolucionarios. Amarraron a mi papá, y a mi mamá y a mi hermanita; las tienen tiradas en el suelo..... ógalas usted cómo piden auxilio.

Efectivamente, del interior de la casa salían ayes de mujeres que con voz desgarradora pedían socorro. Comprendí lo que ocurría y entré resueltamente a la casa, poniendo en juego un ardid que se me vino a la cabeza en ese mismo momento.

—¡A fuera muchachos! ¡A las armas, que ya está aquí el "gobierno!"—grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

Oírme y emprender precipitada fuga, todo fué uno.

Aquellos bribones abandonaron la casa, pero desgraciadamente yo había llegado tarde para evitar el horrible atentado.

Desnudas totalmente, con el pelo en completo desorden, presentando aún en sus carnes palpitantes y enardecidas las huellas visibles de una lucha desesperada, y cubriéndose el rostro con ambas manos, como para ocultar la vergüenza del acto asqueroso de que acababan de ser víctimas, permanecían en el pavimento dos mujeres exánimes, sin fuerzas para poderse levantar y ocultarse a mi vista; la una, como de treinta y cinco años, de tez ebúrnea y curvas esculturales, en sus brazos y en sus mórbidas caderas, producidas por las garras de los libertinos que acaban de ultrajarla, presentaba anchas heridas, con la piel desgarrada, por donde manaba abundante

sangre; la otra, como de trece primaveras, casi núbil, en cuyos senos empezaban a moldearse suavemente las primeras curvas de una juventud exuberante, en su tez apiñonada ostentaba grandes manchas de sangre, signos elocuentes que describían la consumación del crimen donde había sucumbido, para saciar por la fuerza, brutales apetitos de salvajes, la primicia virginal de una flor deshojada prematuramente.

Aquel cuadro de horror lo completaba una figura más. Los criminales, para llevar a cabo el atentado, habían amarrado de pies y manos al jefe de la casa, que yacía en un rincón de la estancia, desde donde había contemplado su propia deshonra.

Con la faz desencajada, rugiendo y mordiéndose desesperadamente los labios hasta hacerse daño, se volvía de un lado a otro, azotando el rostro contra el suelo. Y en una horrible crispación de nervios, cerraba fuertemente los ojos para no contemplar el doloroso espectáculo de la infamia acabada de cometer en las personas de su esposa y de su hija.

* * *

Se acercaban, en efecto, las fuerzas de Rojas y Dabbadi, teniendo nosotros que abandonar la plaza, cogiendo rumbo a Puente de Ixtla, pues hubiera sido una locura si hubiéramos resistido a dichas fuerzas, que ascendían a más de cien hombres, disciplinados, instruidos en la guerra y perfectamente armados y municionados, en tanto que nosotros, aunque en número superiores, estábamos desarmados la mayor parte que, como ya he dicho, sólo llevaban machetes viejos. Por lo demás, según nuestros planes, no debíamos conservar ninguna plaza; nuestra táctica era puramente de guerrillas. Naturalmente que antes de abandonar a Jojutla, hicimos gran

acopio de provisiones de boca, se exigieron préstamos forzosos y tranquilamente, en perfecto orden, salimos, seguros de que las fuerzas de Rojas no nos perseguirían, como en efecto así fué, contentándose Dabbadi en sentar sus reales en la plaza que acabábamos de evacuar.

A la salida del pueblo nos alcanzó un propio, procedente de Yautepec, el que era portador de una comunicación de Lucio Moreno, cabecilla que al frente de un grupo numeroso de rebeldes, estaba amagando dicha plaza.

En aquella comunicación el citado cabecilla pedía la ayuda de Tepepa para apoderarse de Yautepec, a cuyo fin le advertía que irían a medias, como buenos compañeros, defensores de la misma causa, de lo que produjera el saqueo de dicha población.

Tepepa conferenció con todos los jefes de la columna, acordándose en sentido favorable a la comunicación del cabecilla Moreno, quien se firmaba "Coronel del ejército liberador del sur."

Emprendimos la marcha rumbo a Tejalpa, donde pernoctamos, continuando al día siguiente sobre Yautepec, por el camino de las Tetillas.

CAPITULO XIII

Muerte de Pablo Torres Burgos

Ya en camino de Tejalpa por aquellos breñales que hacían dificultosa nuestra marcha, Tepepa, dirigiéndose al propio que le había llevado la comunicación de Moreno, le preguntó:

—¿Y no te encontraste por el camino a la gente de Rojas?

—No, mi jefe, porque me he venido cortando veredas y ellos vienen por el camino real, pero supe por algunos trabajadores que me encontré al paso, que en las cercanías de Tlaltizapan, rumbo a Rancho Viejo, un tal capitán Gálvez, al frente de unos hombres del décimooctavo regimiento, se encontró a orillas del camino, descansando a la sombra de un "amate" (1) a Pablo Torres Burgos, que dicen que era el mero jefe de todos nosotros, al que acompañaban dos de sus hijos, que también estaban descansando, los tres con las carabinas a un lado y muy desprevenidos.

Los soldados de Gálvez les cayeron de "sorpresa," de tal manera, que los Torres Burgos no tuvieron ni tiempo de coger sus armas, y sólo el más chico, que tendría nueve o diez años, logró arrebatarse su carabina al mismo soldado que la había recogido del suelo, y resguardándose detrás del

(*)—Arboles copudos, no muy altos, que extienden sus ramas en torno a dos o tres metros, proyectando una sombra fresca y agradable.

árbol, les hizo varios disparos, logrando matar a un soldado y herir a otro en una pierna. El otro hermano murió "luego, luego, como de unos quince balazos" que le dispararon a "boca de jarro," habiéndole hecho "picadillo" la cabeza; y mientras, Pablo Torres Burgos se había agarrado cuerpo a cuerpo con el mismo capitán Gálvez, al que no le dió tiempo ni de sacar su pistola. Pablo se abrazó a él y consiguió tirarlo por el suelo, comenzando entre los dos una lucha que dicen que "de veritas" estuvo muy reñida, pues los dos se estaban portando con mucho valor; pero, mire, jefe, dicen que si no se mete un sargento y le dispara un balazo a don Pablo, que le tocó en "la mera chapa del alma," por Dios que se muere allí Gálvez, pues don Pablo ya lo tenía casi "agorzomado." Después le dieron más balazos en distintas partes del cuerpo; el chamaco presenciaba con la cara encendida de coraje y echándoles la viga a los soldados, pero sin que se le derramaran las de San Pedro.

Dejaron tirado en el camino a don Pablo y a su hijo el mayor, y se llevaron al chamaco amarrado, pie a tierra, por delante de la escolta.

—¡Pobre Pablo!—dijo Tepepa cuando acabó de oír esa sencilla relación de cuán tristemente había acabado sus días aquel valiente caudillo de la revolución maderista en Morelos.

—¡Pobre!—repetimos los que nos hallábamos a su lado, y yo, sin poder contener una lágrima que asomó a mis ojos y que se evaporó en seguida, al resbalar por mi carrillo polvoriento y enardecido por la rabia y la fatiga, murmuré débilmente un sencillo rezo por el alma de aquel hombre honrado, sacrificado en aras del amor a su terruño.

..... Y tristes, cabizbajos, llenos todos de un sincero dolor por la muerte de Pablo, continuamos nuestra marcha dificultosa por aquel áspero camino y bajo los abrasadores rayos de un sol canicular que nos llevaba muertos de fatiga.....

CAPITULO XIV

Agua clara y fresca, buena cena y una noche tranquila

—Bueno, pues córtate por aquí para Yautepec, vale,—le dijo Tepepa al "propio," señalándole una vereda, apenas perceptible en los breñales del terreno—y dile a Moreno, de palabra, que está bien, que mañana muy temprano llegaremos a Yautepec por el camino de las Tetillas y que me espere allí "pa" ponernos de acuerdo en la toma de la plaza.

* * *

Sin ninguna novedad en nuestra marcha llegamos, ya pardeando la tarde, a Tejalpa, precioso caserío que descansa tranquilamente a la vera del camino que conduce de Yautepec a Cuernavaca, en medio de un bosque de seculares sabinos, a cuyos pies se deslizan suavemente las aguas límpidas y siempre frías, casi heladas, de un manantial fecundo, que toma vida allí mismo, como para compensar al viajero de las fatigas de aquel yermo camino que se hace largo, casi interminable, a fuerza de sus asperezas.

Los pobres habitantes de Tejalpa nos recibieron con los brazos abiertos. Aquella era toda gente nuestra. Opresa bajo el mismo yugo de injusticia y de hambre, no podía sino inspirarse en nuestros mismos ideales, en derrocar la dictadura

Díaz, en busca de un mejoramiento de nuestra condición social; y así es que fuimos agasajados y encontramos desde luego entre aquella gente sencilla que fraternizaba con nuestras mismas aspiraciones, y en medio de aquella espléndida naturaleza, un lugar amigo donde reparar las fuerzas perdidas en los días que llevábamos levantados en armas contra el gobierno, cortos en verdad, pero no por eso exentos de episodios impresionantes, de peligros y de fatigas.

* * *

Nos informamos de que por allí no había pasado gente del gobierno; que todo estaba tranquilo y que sólo se tenían vagas noticias de nuestro levantamiento en armas, el cual, desde luego, había sido recibido con el aplauso general de la gente de aquellos rumbos.

Desensillamos y después de dar agua a la caballada y de echarle pastura, que allí nos fué proporcionada en abundancia, se formaron aquí y allí pequeños grupos de gente que encendieron grandes fogatas, y sacando de sus "morrales" las provisiones de boca de que se había hecho buen acopio en el asalto a Jojutla, pronto estuvo lista una buena cena, en la que había de todo y sin medida.

Circuló el cognac a discreción, que entonces ya no éramos de aguardiente, y pronto nuestro vivac, rebotante de animación, de alegría y de fe en el triunfo de la causa, presentó un aspecto verdaderamente encantador.

Allí fué donde comencé a escribir las primeras notas de este libro, que compagino hoy en el rincón obscuro de mi pueblo, después de dos años y meses de una incesante lucha; me siento un tanto triste y preocupado ante la posibilidad de volver a caer bajo la opresión tiránica de una nueva dictadura, después de haberse derramado la sangre de millares de nuestros hermanos.

CAPITULO XV

Algo cómico en medio de la tragedia de Jojutla

El grito de ¡quién vive!, rompiendo el silencio de la noche, cuando todo el campamento dormía bajo las alas de un sueño reparador y tranquilo, nos despertó a todos que, obedeciendo a un mismo pensamiento, nos pusimos en guardia, empuñando nuestras armas.

—¡Tepepa!—contestó enérgicamente uno de los del grupo de hombres que llegaba y en el cual pudimos reconocer desde luego a uno de los correligionarios que habían tomado parte con nosotros en el asalto de Jojutla y el cual, lo mismo que sus compañeros, venían a presentársele a su "general," quien les había confiado una comisión de la que venían a darle cuenta.

Aquellos individuos se habían quedado en Jojutla con el objeto de observar los movimientos del enemigo, debiendo reunirse después al grueso de las fuerzas de Tepepa y comunicarle a éste el resultado de su comisión. Supimos, pues, por ellos, que a nuestra salida de Jojutla, habían llegado allí las fuerzas del Estado, al mando de don Enrique Dabbadi, en combinación con los rurales federales de Javier Rojas y un piquete del décimooctavo, al mando del capitán Gálvez, las que tomaron posesión de la plaza y, aunque informados del rumbo que habíamos tomado, no intentaron siquiera perseguirnos. No había ocurrido en Jojutla otra cosa digna de

mención, y después de estos informes y mientras llegaba la hora de ponernos en marcha, pues ya serían aproximadamente las tres de la mañana, nuestros informantes nos refirieron en medio de las burlescas risotadas de cuantos oíamos el relato, las siguientes escenas, verdaderamente chuscas, desarrolladas en Jojutla durante nuestra permanencia allí, y de las cuales no pudimos, naturalmente, darnos cuenta; pero que ahora circulaban de boca en boca, causando la hilaridad de todo el vecindario.

Un joven, empleado de botica, a la hora que tuvo conocimiento de que nuestros hombres se acercaban a la población, echóse abajo en un momento su ropa exterior, quedando en paños menores y en la figura más ridícula y risible que imaginarse pueda, y en aquellas trazas atravesó varias calles del pueblo, en medio de las burlas de los vecinos, hasta llegar a una panadería, en donde pidió por misericordia ser escondido, pues entre los sediciosos había varios vecinos que lo conocían y temía ser asesinado por ellos, porque algunos eran enemigos suyos.

En la misma panadería hallábase refugiado otro individuo que había llegado en la misma ridícula figura y que era nada menos que el secretario de la jefatura política, don Manuel González Romero, quien descalzo, en camiseta y calzoncillos, enharinado hasta los ojos y sumiéndose sobre las cejas un desgarrado sombrero "chilapeño," se enjugaba la sangre que manaba de las desolladuras que sobre la parte superior del labio se había hecho al rasurarse precipitadamente los enormes bigotes que usaba a la kaiser, y sin los cuales había quedado convertido en un triste mamarracho. Ambos, farmacéutico y secretario, eran objeto de las burlas de todos los panaderos, quienes los obligaban a trasladar pesados sacos de harina de un lugar para otro, amasar levadura y hasta meterse a hacer la limpieza interior del horno y otras muchas burletas por el estilo, a las que se sometían dócilmente, temblando de susto cada vez que los panaderos los amenazaban con entregarlos a los rebeldes.

Un agente viajero de la Cervecería de Toluca escondióse

en un estrecho gallinero, en donde pasó largas horas de angustia, trepado en calidad de modesto guajolote, en el travesano de una escalera de mano. Salió de aquel escondite muchas horas después de que habíamos dejado el pueblo, lleno de plumas y de escremento de gallina y sufriendo las picaduras de infinidad de bichos que se le habían trepado en todo el cuerpo.

Por último, un español empleado de la hacienda de Zaca-tepec, que hallábase en Jojutla a la hora de nuestra llegada, echó a correr por las calles del pueblo, hasta encontrar abierta una puerta en la que se introdujo, y siguió corriendo hasta ir a esconderse detrás de unos colmenares, saliendo horas después monstruosamente desfigurado, a causa de las horribles picaduras que le habían hecho en la cara y en las manos las abejas.

Nos reímos de buena gana de aquel cuarteto de gallinas y como ya estaba entrada la mañana y era la hora que el "general" había señalado para que dispusiéramos la marcha para Yautepec, dimos la orden de ensillar; nombramos nuestras avanzadas para que exploraran el camino que íbamos a recorrer y emprendimos la jornada, comenzando poco tiempo después el pesado ascenso de las Tetillas.